

## Juan Valera

*Sobre La estafeta de Urganda, o aviso de Cide Asam  
Ouzad Benengeli sobre el desencanto del “Quijote”,  
escrito por Nicolás Díaz de Benjumea (Londres, 1861)*

Nicolás Díaz de Benjumea aplicó su atención reiteradamente al *Quijote*, editándolo y estudiándolo en diversos trabajos. Representa una variante de la crítica romántica en su esfuerzo por ofrecer una interpretación filosófica o simbólica del libro, cuya lectura defiende como alegoría que expresa sucesos de la vida de Cervantes –la enemistad del doctor Blanco de Paz sobre todo– y de la sociedad española de su tiempo: el *Quijote* sería una obra en clave que denuncia la persecución que sufrió de sus enemigos, y la represión sufrida por las autoridades eclesiásticas y políticas. Dulcinea simbolizaría el librepensamiento, Casildea de Vandalia la Inquisición, el caballero de la Blanca Luna es Blanco de Paz... No todos los estudios de Benjumea son disparatados: mucho hay en ellos de aprovechable, a diferencia de fantasías como las de Benigno Pallol quien en su *Interpretación del Quijote* (1893) asegura que Cervantes no endereza sus ataques a los libros de caballerías, sino a la Biblia. Sea como fuera frente a la tendencia simbólica reacciona Valera en su contestación a la obra de Díaz de Benjumea *La estafeta de Urganda*. Reproducimos un breve pasaje de *La estafeta* antes de pasar a la respuesta de Valera, para que se advierta mejor el marco de esta polémica. A continuación viene el texto de Valera, que lo publicó en *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días. Tomo II*, Madrid, Durán, 1864, pp. 158-68.

[Texto de Díaz de Benjumea]

§.8. Después de tratar largamente en mis comentarios de las diversas fases de este carácter simbólico, haciendo igual estudio del de Sancho, paso a explicar el misterio y causa solapada de estas locuras (las reales, no las aparentes.) El examen del espíritu de las mitologías clásica y romántica demuestra que el gigante fue una expresión metafórica del mal, una figura retórica, una imagen, un signo, un emblema, en que por la identidad de los mundos moral y físico, se significó el abuso, el desorden, el desconcierto, lo descomunal y desmesurado, la despro-

porción y la sinrazón, la fealdad y la tiranía, la soberbia, la malicia, la ignorancia y las malas pasiones. Y el uso de esta figura retórica no fue exclusivo de la poesía. En el Antiguo Testamento se halla la voz gigante, como expresiva de males morales, como generación mística de los Cainitas. Los padres de la Iglesia han usado del mismo modo, para personificar el espíritu y artes de Luzbel y los enemigos del alma. Todas las teogonías simbolizan la omnipotencia de las pasiones y vicios en el gigante, porque como los efectos del mal sean monstruosos y repugnantes, contrarios al orden, al concierto, a la proporción, a la razón, a la belleza, al bien y a la sabiduría, tal monstruosidad no tiene imagen que mejor la presente que el gigante. Sale el hombre de la mano de Dios y destinado a poseer el bien y la sabiduría, pero el gigante del mal le va al encuentro, y se traba una batalla continua, que es la vida humana. Por eso en la epopeyas caballerescas el gigante está siempre *condenado* a ser vencido, y el caballero *predestinado* a ser vencedor. La genealogía del gigante es siempre análoga en todos los pueblos, siempre es hijo de sugestión del demonio y de una mujer. En el génesis moral de los Griegos, el mito es bellissimo. Júpiter se prenda de la virgen Alcmena y engendra a Hércules, expresión de la constancia, de la sabiduría y de la fuerza moral; pero al propio tiempo, Juno, celosa o débil, cede a las sugestiones de un Titán, y bajo la alegoría de una niebla, engendra multitud de gigantes (centauros) que son los enemigos que ha de vencer la maza de Hércules. El combate de la sabiduría y la fuerza moral reunidas en uno contra la fuerza material y la ignorancia reunidas en muchos, es el gran mito de la humanidad. Hércules está solo, y sin embargo, Hércules no es gigante. La gran estatua de Apolonio le representa en toda la belleza varonil, y no hay belleza sin proporción de partes. Verdad, virtud, belleza, he aquí los atributos; el lema de la humanidad militante. Estos son los de don Quijote. ¿Qué importa que sea anciano y débil de cuerpo? Su fuerza hercúlea está en el alma. Sus combates con la lanza no son más que representaciones. El amor del Caballero no es el amor de Aldonza, sino el de la sabiduría. Dulcinea es el alma de Quijano objetivada, el anagrama exacto de *dina luce*, la digna *donna Lux* de Guinicelli, la *donna filosofia* del Dante, (beatitudo-Beatriz,) la Angélica de Boyardo y Ariosto, la Isette de los bardos de la Armórica, la Oriana de las epopeyas greco-galas. La prueba material de esta significación se halla en el nombre de Alonso, alusión al único recuerdo en nuestra patria de la alianza del poder y la sabiduría, Don Alonso el Sabio.

*Potestas et sapientia*, aspiración constante de la humanidad, esperanza del filósofo, sueño de los poetas, profecía de los inspirados. De aquí el pronóstico del consorcio del furibundo león manchego (*poder*) y la blanca paloma tobosina (*sabiduría*) con que quedó don Quijote *consolado*. Que Dulcinea sea el alma objetivada del hidalgo, se comprueba también por la observación del nombre *Aldonza*, leve modificación del *Alfonsa*, o lo que es lo mismo *Alonsa*, que es terminación en el género femenino de *Alonso*, nombre del hidalgo. ¡Cuántas nuevas bellezas, qué verdadero mérito en esa concepción colosal, que sólo apreciábamos hasta ahora, por presentimiento de que algo existía latente y oculto en su seno! Por eso con una gracia inimitable, pone Cervantes, con intención, en boca de Sancho: qué le parece ver a los pobres gigantes por el Toboso *hechos unos bausanes*, buscando a Dulcinea. Y tal es la grandeza de esta obra y el poderío asombroso del ingenio de su autor, que en lo visible y en lo oculto, en lo aparente y en lo verdadero, en lo literal y en lo alegórico, tiene dos valores distintos, sin perjudicarse el uno al otro. Sin embargo, co-

mo tengo ya dicho en otra ocasión, si el *Quijote* hace reír, no debe impedir esto el hacer pensar. Godwin reía a los veinte años leyendo el *Quijote*, pero a los sesenta se llenaba de admiración. Cervantes lo había dicho: “los sucesos de don Quijote han de celebrarse con admiración o con risa”. Bastante nos hemos reído; empezamos alguna vez a pensar.

Aquí no puedo hacer más que indicaciones breves y en corto número. Multitud de revelaciones, extensión y desarrollo de mi interpretación; explicación del *Quijote*, de manera que su tan ansiado *desencanto* sea causa de nuevo *encanto* de los hombres pensadores, tienen su lugar propio en los comentarios: en donde nada adelanto sin pruebas, textos y documentos sacados de las obras de Cervantes y singularmente del *Quijote*. En ellos se hallará también la exposición de las bellezas orgánicas de este libro, del que solo conocíamos las literarias o de superficie; y asimismo el examen de cada aventura, siguiendo el orden que adoptó el Marqués de Villena en su poema de *Los trabajos de Hércules*, a saber: Historia nuda o texto literal, declaración, verdad y aplicación, que corresponden a las cuatro maneras de explicar la ficción poética, descritas por Dante en su *Convivio*, esto es: sentido literal, moral, alegórico y anagógico. Detenerme más, me llevaría muy adelante, y estoy sólo escribiendo un mero *aviso*.

[Texto de Valera]

Hace ya meses que recibimos la ingeniosa obrilla cuyo título sirve de epígrafe al presente trabajo, y reconociendo en su autor extraordinaria agudeza y no común vivacidad de fantasía, le recomendamos encarecidamente a nuestros lectores. La alabanza que dimos entonces al Sr. Benjumea no se limitó a esto. El tono de la gacetilla es pomposo e hiperbólico casi siempre, y adoptándole nosotros, dijimos además que el Sr. Benjumea tenía un conocimiento profundo de las cosas de que trataba. Quisimos dar a entender por tales razones que el Sr. Benjumea había estudiado con detenimiento todas las obras de Cervantes; que había leído a sus comentadores y anotadores, y que sabía cuanto hay que saber de la literatura de aquella época y de los libros de caballería, que inspiraron en cierto modo a nuestro gran novelista. Mas no por eso dijimos que el señor Benjumea hubiese penetrado bien el espíritu del *Quijote*, antes afirmamos lo contrario, sosteniendo que en esta bellísima novela no hay ni puede haber esa doctrina esotérica, esa filosofía oculta, esa maravillosa ciencia que el Sr. Benjumea pretende haber hallado. El *Quijote* es, en nuestro sentir, una obra de arte, una poesía, un libro de entretenimiento, y nada más.

Es verdad que prometimos demostrar este aserto; pero después nos retrajo de cumplir la promesa la misma facilidad de cumplirla. Se comprende que un hombre de grande discreción y habilidad se proponga, con el fin de lucirse, demostrar la paradoja de que en el *Quijote* hay un tesoro escondido de saber, del cual nadie se ha percatado hasta hoy. Semejante demostración calificará a quien la hiciere de agudísimo, de sutil en sumo grado. Pero la demostración contraria, esto es, la demostración de que el *Quijote* no es más que una novela, es tan evidente y tan fácil, que no merece ni logra nada quien llegue a hacerla.

Lo hábil, lo gracioso, lo digno de un hombre curtido en las ciencias, sería demostrar que ahora estábamos en estío. Para demostrar que estamos en invierno, sólo se necesita sentir el frío que hace. Con esta consideración, casi no nos arrepentimos de haber hablado del conocimiento profundo del Sr. Ben-

jumea, y no tenemos por hipérbole tan grande encomio. Conocimiento profundo y más que profundo se ha menester para hallar en una obra, cuyo valor poético o artístico ha sido la admiración de los hombres durante más de dos siglos, un valor científico, que nadie, por lo general, sospechaba.

Nosotros negamos redondamente que haya en *El ingenioso hidalgo* más valor científico que en el último manual de Roret, que en el peor artículo de un diccionario de ciencias: pero como esta opinión nuestra es la más seguida, y la del Sr. Benjumea la más rara, esperábamos a que saliesen a luz los comentarios filosóficos que *La Estafeta de Urganda* anuncia y promete, para refutarlos como es justo. Dimos, con todo, a entender en la gacetilla que los comentarios filosóficos habían de ser, juzgando por la muestra que su autor nos daba en *La Estafeta*, de lo más ameno, curioso, sutil y hábil, que puede imaginarse: por lo cual deseábamos y seguimos deseando su publicación. No permita el cielo que nuestros argumentos en contra de la tesis que el señor Benjumea piensa demostrar sean obstáculo a que los mencionados comentarios se den a la stampa. No permita el cielo que por culpa nuestra, se desazone y desaliente el Sr. Benjumea, y prive a las personas de gusto, de la sabrosa lectura del libro singular que nos tiene ofrecido, y en el cual se podrá decir de mucho que si non é vero é ben trovato.

Sólo en este sentido hemos criticado el propósito del señor Benjumea. Nosotros no acertamos a persuadirnos de que el *Quijote* sea una cifra, un logogrifo, cuya misteriosa significación, hasta el día ignorada, va al cabo a quedar patente. Nosotros no podemos ver en el señor Benjumea a un nuevo Champollion<sup>1</sup>, ni en el *Quijote* algo parecido a los hieroglíficos egipcios. Tenemos del arte y de la poesía una idea muy diferente: idea que se opone a priori, a la afirmación del Sr. Benjumea; idea que, si fuese contradicha por los comentarios filosóficos, lejos de dar más importancia a la novela de Cervantes, destruiría acaso mucha parte de la que tiene. Si el Sr. Benjumea llegase a probar (que no lo tememos) que el *Quijote* es un logogrifo, el señor Benjumea desencantaría de veras el *Quijote*; esto es, le haría perder su verdadero y nobilísimo encanto. La vida, la gracia, el ser de aquellas creaciones inmortales de nuestro egregio poeta, se desvanecerían, se evaporarían, y sólo nos dejarían, como residuo muerto, un frío simbolismo, unas alegorías sin alma, que por mucha ciencia que encerrasen, no valdrían el espíritu poético, que el Sr. Benjumea quiere apartar del *Quijote*.

Crea el Sr. Benjumea que si Cervantes quiso decir o enseñar algo esotérico en su *Quijote*, nada aprovecha esto al que le lee con corazón y entendimiento de poeta o de artista; antes le daña. Para Winkelmann, por ejemplo, no sería mayor el mérito del Apolo de Belvedere, porque un alambicador anticuario viniese a demostrar, que tal pie le tiene la estatua en tal postura para significar tal cosa; tal mano para explicar o indicar tal idea; que con las orejas denota esta o aquella máxima de filosofía; que con las narices simboliza uno de los misterios más hondos de Samotracia; que con el pecho, modelado de cierta manera, da razón de todo el saber de Orfeo; y que con la espalda y los muslos pone en claro toda la aritmosofía de Pitágoras y todos los recónditos y proféticos conceptos de las sibilas. Winkelmann diría que todo esto no va-

<sup>1</sup> Champollion: descifrador de la piedra Roseta, de jeroglíficos egipcios.

lía nada en comparación de la belleza artística del Apolo, y que el Apolo era la admiración de los hombres, no porque enseñaba aquellas cosas, sino porque realizaba la hermosura en el grado más sublime de perfección; porque era el más alto ideal del arte que de la antigüedad se conserva. Si nuestro alambicador escribiese unos comentarios filosóficos sobre el Apolo, nosotros aplaudiríamos y hasta nos pasmaríamos de la filosofía y del saber oculto (ya patente) que en los comentarios hubiera: pero al ver el Apolo, nos olvidaríamos de nuevo de toda aquella filosofía, y nos admiraríamos solamente de su celestial e inimitable hermosura. Con el *Quijote* y con los comentarios del Sr. Benjumea nos ha de suceder lo mismo. Por más filosofía que el Sr. Benjumea amontone y saque a relucir, nunca nos admiraremos en el *Quijote* sino de la belleza de sus figuras, de la gracia de sus diálogos, de lo variado y ameno de sus aventuras, del primor y elegancia natural de su estilo, y de la pasión y de la fantasía de su autor. Esto no será impedimento para que cuando queramos admirarnos del saber filosófico, acudamos a los comentarios del Sr. Benjumea: pero entonces nos admiraremos del Sr. Benjumea, y no de Cervantes.

Si el Sr. Benjumea no nos hubiese dirigido desde Londres un comunicado muy atento, que insertamos en *El Contemporáneo* del 28 del mes pasado, no entraríamos en esta discusión, hasta después que los comentarios se hubiesen dado a la estampa. Nosotros no queríamos desalentar al Sr. Benjumea, que, según asegura, ha abandonado, para dedicarse a la aclaración del enigma del *Quijote*, la carrera en que había consumido gran parte de sus intereses, gran parte de su juventud, y que ha consagrado su existencia y sus vigilias, y todas las fuerzas de su alma a la revelación de esos misterios. Pero el Sr. Benjumea nos provoca e incita a que le contradigamos, y no podemos ya dejar de hacerlo. Téngase, sin embargo, presente, que no condenamos su trabajo; ni desestimamos el fruto de sus vigilias y de sus sacrificios. En los comentarios filosóficos del señor Benjumea, así como en *La Estafeta*, que ya conocemos, podrá haber, y hay, mil noticias curiosas sobre la vida del eminente poeta español, un juicio recto y atinado de su carácter, y hasta no pocas notas, advertencias y explicaciones, sobre alusiones embozadas a este o a aquel personaje, y sobre negocios, casos y sucesos de la época en que se escribió el *Quijote*; todo lo cual es digno de saberse y muy curioso y divertido para el que lo lee: pero de aquí a esa doctrina esotérica, a esa llave encantada, con que va a abrirnos el Sr. Benjumea el arcano y hasta hoy inexplorado templo de la sabiduría de Cervantes, hay una distancia infinita. Decía el abate Galiani que en los buenos libros es más lo que está escrito con escritura oculta, entre renglones, que lo que está escrito en los renglones mismos. Pero no seguimos la opinión del quinta-esenciado abate. En los libros, buenos o malos, no hay más escrito que aquello que está escrito. Y sería hartos inverosímil que hubiesen pasado siglos sin leer nadie en el *Quijote* sino aventuras divertidas y discretas conversaciones, llenas de chiste, y viniese ahora el Sr. Benjumea a descubrir una filosofía, una doctrina hondísima, que no habíamos llegado a sospechar.

¿A qué propósito había de haber guardado Cervantes, bajo el sello del hieroglífico, esas útiles y grandísimas enseñanzas? ¿Qué filósofo, ni qué sabio, hizo jamás tal cosa? ¿No es una puerilidad o una falta de caridad encubrir bajo alegorías casi impenetrables una buena doctrina? ¿No es mejor y más de hombres honrados el enseñarla claramente, para que el prójimo se enmiende, adelante y perfeccione? Platón, Santo Tomás, Descartes, Bacon, Newton, Bos-

suet, Kant, Hegel, todos los grandes sabios que ha habido en el mundo procuraron ser lo más claros que les fue posible, y si algunos han sido oscuros, lo han sido por falta de habilidad, y no por falta de gana de dejar de ser claros; pero nunca han sido tan oscuros que hayan tenido celadas dos o tres siglos todas sus filosofías, y bien envueltas en símbolos, hasta que al cabo de los años mil ha aparecido un Sr. Benjumea, que ha levantado el tupidísimo velo que las ocultaba a los profanos.

En el *Quijote*, y esto es lo que más nos pasma, no hay como en otros poemas, en verso o en prosa, ni el más leve pretexto para la interpretación y desentrañamiento de lo oculto. Nadie que no esté obcecado, deja de entender bien cuanto dice el *Quijote*; nadie busca, al través de sus imaginadas nebulosidades, esa luz mística y sublime, que quiere hacer brillar el Sr. Benjumea. Comprenderíamos unos comentarios filosóficos sobre *La Alejandra* del tenebroso Licofrón<sup>2</sup>, o sobre *Las Soledades* del culterano Góngora; pero sobre el *Quijote* del ternísimo y clarísimo Cervantes, no los comprendemos.

Nadie se atreverá a negar que, en obras de imaginación y de mero entretenimiento, han revelado o consignado algunos poetas grandísimas verdades; pero no de suerte que haya sido menester que pasen siglos y que nazca un Sr. Benjumea para que las escudriñe y salgan de la niebla que las envolvía. Séneca vaticina en un coro de la *Medea* el descubrimiento de un nuevo mundo; pero le vaticina sin clave, y sin cifra, y sin misterio: Tetis, dice, descubrirá nuevos mundos. ¿Qué Sr. Benjumea se necesita para poner esto en claro? Virgilio, en su égloga IV, haciéndose eco de los profetas hebreos, vaticina la venida de un redentor. Pero ¿no está claro y terminante el vaticinio? ¿Qué cifra ni qué hieroglífico hay en él? La humanidad entera presentía al que había de venir, y Virgilio expresa con toda claridad su milagroso presentimiento. Tampoco hubo duda jamás sobre este vaticinio del Mantuano. Dante, o bien por coincidencia, o bien por inspiración, o bien por noticias de viajeros, como Marco Polo y otros, dice que hay en el hemisferio austral una constelación que tiene forma de cruz, y en efecto, la hay. Pero ¿qué misterio puso Dante en este vaticinio? Los poemas que son verdaderamente misteriosos y religiosos, el *Prometeo*, de Esquilo, la *Teogonía*, de Hesíodo, el canto sexto de la *Eneida* y otras obras por el estilo, están dando a conocer, a tiro de ballesta, que envuelven, en efecto un misterio; misterio que, sin embargo, se explica y aclara; pero en el *Quijote*, ¿dónde está el enigma, dónde la señal de lo misterioso y recóndito? ¿Por qué los molinos de viento han de ser más que molinos de viento, y los batanes más que batanes, y los requesones más que requesones? ¿Qué indicio hay en la vida, condición, estudios y aficiones de Cervantes, que nos persuada de que fuese un Paracelso, un Raimundo Lulio, un Alberto Magno, un sabio nigromántico, quiromántico, o cosa parecida, y no un soldado valiente, un hombre de mundo, y un aventurero corrido y experto, más conocedor de los percheles de Málaga y de las calles de Triana, que de las ciencias y de las filosofías, las cuales no le hicieron falta para ser el regocijo de las musas? Cervantes compuso el libro de más amena lectura que se ha escrito jamás, y la novela más realista y más idealista a la vez, que ha producido ingenio humano, porque en ella pintó, con la fidelidad de un fotógrafo, toda la

<sup>2</sup> Licofrón de Calcis (? , c. 320-?, c. 250 a. C.), poeta griego.

vida real que tan admirablemente conocía, y que con tal brío de imaginación sabía reproducir en sus escritos, y porque en ella supo iluminar y esmaltar esta pintura y realzarla hasta lo más sublime de la poesía, con el vivo fuego y con la clara luz del limpio, esplendoroso y puro ideal artístico que ardía en su alma.

Estos merecimientos de Cervantes y de su obra bastan para que esta sea inmortal, y ensalzada hasta los cielos, y leída, y aplaudida, y celebrada entre todas las gentes y naciones. No es menester que el Sr. Benjumea se devane los sesos para hallar en Cervantes una filosofía oculta, y explicar por ella el entusiasmo que produce su obra. ¿Qué filosofía oculta hay en las odas de Píndaro o de Safo? ¿Qué nos enseña Ariosto? ¿Qué Moreto? ¿Qué Lope o qué Calderón? Ninguno de estos altísimos poetas nos enseña grandes verdades científicas. El peor libro en prosa de la época en que ellos escribieron nos enseña mil veces más científicamente. La misión del poeta no es enseñar algo científico. La misión del poeta es dar ser y forma sensible a la hermosura, la cual es, como la verdad, una emanación inmediata y refulgente de Dios, y vale tanto, por lo menos, como la verdad, con la diferencia de que casi siempre suele ser más agradable, y siempre es más dulce y muchísimo más divertida.

Allá en la infancia de las sociedades humanas, todo se escribía en verso o en poesía, y los poetas eran sabios y sacerdotes, y los sacerdotes sabios y poetas, los cuales adoctrinaban al vulgo y le comunicaban algo de sus ocultas doctrinas, por medio de figuras y de símbolos; pero, ya en tiempo de Cervantes, la humanidad estaba harto crecida y granada, y había cierta división de trabajo, quedando la ciencia para expuesta prosaica y metódicamente por los hombres científicos, y reservándose los poetas el imperio y la creación de la hermosura. Si la ciencia intervenía a veces en sus creaciones, era como material y asunto de donde la hermosura puede también salir, pues también en la ciencia hay hermosura; mas no para enseñar y velar la enseñanza con extraños y ridículos acertijos, acrósticos, anagramas y otras puerilidades. Todo esto sería de un gusto pésimo, y no podemos creer que le tuviera Cervantes.

Los comentarios filosóficos del Sr. Benjumea, repetimos, a pesar de todo, que han de ser, como *La Estafeta de Urganda*, una composición discretísima, y han de leerse con sumo deleite y curiosidad por los hombres de gusto. El Sr. Benjumea, a propósito del *Quijote*, y tomando ocasión del *Quijote*, como pudiera tomarla de otra cosa cualquiera, es más que probable que nos dé sus propias filosofías, atribuyéndoselas modestamente a nuestro gran novelista, el cual era más filósofo práctico que teórico y especulativo. Distamos mucho de aconsejar al Sr. Benjumea que no escriba sus comentarios. Ojalá vean pronto la luz pública. Seguros estamos de que nos han de entretener y cautivar, así como también estamos seguros de que no llegarán a convencernos, ni a decidirnos a estimar el *Quijote*, sino como el libro más agradable, sublime y gracioso que de mero entretenimiento se ha escrito en el mundo.

ED. IGNACIO ARELLANO

